

EDUARDO BLANCO ACEVEDO

(1884 - 1971)

Dr. Federico García Capurro

No pretende este ensayo, constreñido por el espacio, ser una biografía exhaustiva de la vida y obra del Doctor Eduardo Blanco Acevedo, uno de los ciudadanos de mayor relieve en esta primera mitad del siglo, que figuró entre las personas de mayor gravitación en la medicina y en el manejo de la cosa pública. Agotar su vida y su obra exigiría muchas páginas y un trabajo de largo aliento.

Fue excepcional estudiante, médico cirujano, Profesor de Ginecología, Catedrático de Cirugía, fundador del Ateneo Médico Quirúrgico y Escuela de Graduados de Salud Pública, Director del Hospital Militar; como voluntario, al servicio de Francia, en la Guerra de 1914-1918, desempeñó como cirujano la jefatura de los hospitales de sangre de la Sanidad Militar.

Fue Ministro de Instrucción Pública, miembro del Consejo de Enseñanza Secundaria, miembro del Consejo de la Asistencia Pública luego Presidente; luego Ministro de Salud Pública (autor de la Ley de Salud Pública en 1934, aún vigente sin modificación alguna).

Senador de la República, miembro del Consejo de Gobierno del Colegio; político, líder de una importante fracción del partido colorado, historiador, gran orador, merecedor de la condecoración de la Legión de Honor, de la Medalla de Oro de las Epidemias, de la Medalla Conmemorativa de la Guerra de 1914 a 1918 y de la Medalla de la Sanidad Militar y de la Cruz Roja.

Fue miembro de la Academia de Medicina de Francia, fue primero jefe del Servicio Ginecológico de la Cátedra del profesor Jean Louis Faure y luego, en ausencia del catedrático, dirigió su servicio.

Fue Presidente de la Comisión Honoraria del Hospital de Clínicas, obra que comenzó y terminó bajo su permanente dirección y que completó con la

construcción del edificio de la Facultad de Odontología, el del Instituto de Higiene, el de Traumatología y deja organizadas y planificadas otras obras de ese Centro Médico Universitario que debería conocerse por su nombre.

Fue organizador y continuador de la Lucha Antituberculosa iniciada por el Dr. Don José Martírené. Fundador del Laboratorio de producción de la vacuna BCG; fue organizador de las campañas sanitarias que teminaron con la endemia de la tifoidea, la difte-



Prof. Dr. Eduardo Blanco Acevedo

ria, la rabia, el tracoma, e inició la lucha contra la Hidatidosis. Construyó el Hospital Saint Bois y trasladó la leprosería del Hospital Fermín Ferreira. Como Ministro de Salud Pública realizó muchas otras obras importantes en la capital y en toda la República.

Suponemos que al lector sólo le interesan como información estos datos que hemos resumido hasta ahora. Se consignan para mejor comprender la trascendencia de su obra que desarrolló durante los cuarenta años que tuvo vida pública muy activa. Es a este aspecto que nos dedicaremos principalmente, es decir, al aspecto formativo y saber por qué, en ese lapso, fue capaz de realizar tantas tareas.

No será una biografía de erudición pretenciosa y literatura petulante de las que desfiguran la imagen del biografiado para tratar de realzar la del biógrafo. Es un ensayo modesto y sencillo escrito con amor y reconocimiento que pretende presentar al Hombre, su alma, su mente, su tesón, vigor, constancia, su humanitario sentido y su inteligencia. Pretende dar a conocer el porqué de su capacidad realizadora; facilitar a los jóvenes la información en que inspiren su perfeccionamiento y a la vez puedan valorar lo que él legó a la ciencia, a la cultura, a la legislación, y a todas las actividades de interés social, para la comunidad nacional, en las que participó.

Esta biografía pretende realzar sus "Modus de esforzado" dedicado a pensar, a planificar, a crear, organizar, disciplinar, racionalizar y a ejercer las demás virtudes de valor y relieve que se deben señalar.

I

En 1960, un grupo de doce amigos del Dr. Eduardo Blanco Acevedo (dos condiscípulos desde su más tierna infancia y juventud, un condiscípulo de su carrera médica, un diplomático francés acreditado ante nuestra República, cuatro ex-ministros de Estado, tres colaboradores de sus actividades profesoras médicas, de gobierno, políticos, subsecretarios y secretarios de su acción pública y privada y hasta una académica de letras, poetisa que por su destaque mereció ser llamada "Juana de América" y un distinguido general que fuera representante del Uruguay en Washington y presidente del Supremo Tribunal Militar) se reunieron para hacer un libro de homenaje al Dr. Eduardo Blanco Acevedo que estaba entonces en el apogeo de su actividad. Apogeo intenso desde sus comienzos que nunca se debilitó porque Eduardo Blanco Acevedo no padeció de decadencia física o mental hasta su muerte. Estos amigos se repartieron el comentar y describir las facetas más características de nuestro biografiado, sus méritos y sus aparentes debilidades no comprendidas por aquellos que no

son capaces de penetrar más allá de la fachada de las figuras superiores y que los juzgan sólo por las apariencias. Este ensayo, al que hago referencia, de inspiración espontánea y amistosa nos servirá como guión para poder analizar las aristas, los ángulos, las caras y el contenido de este diedro humano que es motivo de nuestras reflexiones. (1)

No es tarea fácil según habrán podido juzgar por el incompleto registro de sus obras; dificultades nos esperan para ordenar y dar forma al cúmulo de virtudes y el porqué de esas realizaciones. Pretendemos concretar el propósito guiados por la sencillez, la modestia y la autenticidad del más noble agradecimiento a la atención que nos prestó en vida.

A propósito de las dificultades que se presentan, me viene a la memoria una de las tantas citas con que el Maestro coronaba sus clases o instrucciones que usaba para grabar, en la mente de sus discípulos o colaboradores, las enseñanzas expuestas con el más puro raciocinio y decantado cartesianismo. Acababa de explicarnos con su brillo y claridad conceptual cómo realizar una delicada operación que era necesario planificar antes de determinarse a obrar. Nada había omitido que fuera necesario, saltando como era su costumbre los detalles, teorías o doctrinas innecesarias; y para terminar, acotó una cita del más grande poeta dramático inglés cuyas obras conocía como conocía los más recónditos pormenores de la anatomía y fisiología humana. Sentencioso y en pausada expresión dijo: "Si me han seguido atentamente necesitarían el concurso de un arte diabólico para que esto les salga mal", sentencia que, ante el problema que tengo por delante, voy a invocar el auxilio de ese arte diabólico para conseguir que me salga bien el propósito que tengo.

Veamos sobre lo que de su familia e infancia cuentan dos de sus condiscípulos más íntimos: el Dr. Daniel Castellanos, miembro de la Academia de Letras, ex-ministro de Relaciones Exteriores y ex-ministro de Instrucción Pública; y el Arqto. Carlos Pérez Montero, ex-presidente del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, Académico de Número del Instituto Histórico y Geográfico del que fuera Vicepresidente y además ex-profesor de la Facultad de Arquitectura.

Eduardo Blanco Acevedo nace en Montevideo el 14 de marzo de 1884 y fallece el 7 de julio de 1971.

Era hijo del ilustre Juan Carlos Blanco que en su tiempo fuera un símbolo para la juventud, orador que por sus cualidades excelsas llamaron "pico de oro"; fundador de los Amigos de la Educación Popular - grupo que crea la escuela Elbio Fernández-, fundador del Ateneo de Montevideo cuya presidencia ocupó, también fundador del Club Universitario donde se

debatían las nuevas ideas de libertad y democracia, y que además había sido oficial destacado de las fuerzas gubernamentales que combatieron a la orden del Presidente Lorenzo Batlle.

En el hogar de Juan Carlos Blanco, patriota de vieja raigambre, en la reunión familiar que se hacía a diario en torno a la mesa de la que participaban no sólo sus hijos sino, con frecuencia, condiscípulos, dictaba cátedra diaria dirigida sobre todo a los dos varones mayores, Juan Carlos y Pablo y a su hija Luisa que casara con el Dr. Francisco Soca. De este maestro que fundara la escuela que lleva su nombre, Eduardo Blanco Acevedo recibió fundamentales enseñanzas y a la muerte de Soca heredó la biblioteca. El discurrir del padre era una lección diaria de cultura, de civismo y de amor y respeto a la patria. Recibían así, los jóvenes y niños que lo escuchaban, las primeras nociones sobre los más importantes problemas sociales, sobre ética, moral y acción.

De su madre, Doña Luisa Acevedo, que no le iba en zaga a su esposo en virtudes patricias auténticas, los hijos recibieron una esmerada educación y los más sanos principios de respeto, rectitud, tolerancia y urbanidad.

El 24 de marzo de 1894, Eduardo Blanco Acevedo ingresa a la escuela Elbio Fernández donde ya cursaban sus dos hermanos mayores y allí recibe la educación científica, moral, democrática y de ética, y el conocimiento pleno de sus deberes y derechos ciudadanos que fue timbre de los alumnos egresados de ese centro de enseñanza.

Fue siempre el primero en su clase, el que recibe a fin de año de sus maestros el voto de primer alumno, corroborado por sus condiscípulos en un veredicto escolar emitido en voto secreto.

Se recibe de médico con la medalla de oro y se orienta al ejercicio de la cirugía ginecológica.

Sus amigos de la juventud cuentan que Blanco era el mejor de los camaradas; que a su alrededor se formaban siempre grupos de los que fue indiscutido líder y que sus amigos más apreciados fueron los más modestos, lo que ya perfilaba sus sentimientos de igualdad democrática.

En toda su vida fue éste un rasgo saliente. A todos por igual trataba y su trato era deferente y atento; escuchaba aunque ya estuviera enterado; trataba siempre de aprender algo de sus semejantes cualquiera que fuera el lugar social que ocupaban. Su eclecticismo lo llevaba a estudiar e interesarse por todo, aún las nociones más alejadas de la medicina que su inteligencia asimilaba, como la geometría no euclidea. Alternaba en ruedas de inquietos jóvenes

donde se comentaban y discutían los temas que eran del dominio de los futuros ingenieros, arquitectos, abogados, astrónomos, etc. Participó de la rueda de avanzada que se formó alrededor de la revista "El Estudiante".

Los compañeros se preguntaban "de dónde sacaba tiempo para leer hasta los trabajos del sabio ruso Lobatchevsky, comentados luego por Poincaré, en los que aquel sabio eslavo, sobre la base de las doctrinas de Kant que, en un pasaje de su "Crítica de la Razón Pura", indicaba una nueva consideración del espacio y llegaba a la conclusión de que el postulado de Euclides podía no ser exacto y que, por un mismo punto, se pueden trazar varias paralelas a una recta dada". (C. Pérez Montero).

Dormía muy poco y madrugaba en grande; y su ansia de saber, conocer y aprender hacía que al sueño le robara el tiempo. Era un lector vertiginoso y profundo. El conocimiento que adquiría en estas incursiones de lecturas científicas, literarias o de las artes, no era de tapa de libro, ni un frágil barniz del que suelen lucir los pseudo-eruditos que no pierden ocasión de hablar en reuniones y fiestas sociales.

En 1912, recién recibido, se va a perfeccionar a Europa, a Francia en particular. Se sumerge en los hospitales, museos, academias, institutos y en la Sorbonne donde escucha conferencias y alterna con el Padre Sanson en la gran Catedral de Lacordaire, en Notre Dame. Intima con el grupo del Abate Bordes de la Compañía de Jesús que ostenta el grado de capitán y con un hombre de pensamiento, Couturier, que se distingue en la química coloidal, y con Laverne, escritor destacado.

En esta plena efervescencia científico intelectual lo sorprende la guerra de 1914. El primer día de la movilización se presenta al Servicio de la Sanidad Militar en París y solicita ser movilizado; enrolamiento que recién terminará en 1919. Su talento, capacidad y entusiasmo lo llevan a merecer ocupar las más altas y destacadas responsabilidades en el Servicio de la Sanidad Militar de Francia. Los méritos que alcanza y el reconocimiento que a ellos le tienen las autoridades, hacen que en el acto con que lo despiden en el momento de su regreso, el orador en nombre del Presidente, le diga "La France ne saurait l'oublier", agradecimiento que, años después, el Presidente de Francia, Paul Raymond, en su visita al Uruguay le reitera en el acto solemne del Palacio Legislativo al dirigirse a él y expresarle en medio del silencio de la asamblea: "Dr. Blanco Acevedo, la France ne vous oublie pas".

Al ingresar como voluntario al servicio militar, sus primeras actuaciones, por unos meses, las cumple en París en el Hospital Lariboisière donde el profesor Picqué, con quien hasta ese momento estuviera

especializándose en cirugía, es su jefe. Muy poco tiempo después -tres meses- lo encontramos en Biarritz, en el Hotel Regina transformado en hospital auxiliar.

Al principio está solo con el Dr. Verhaghe enfrentando a todas las necesidades de emergencia sin recursos ni dinero, sin instrumental ni medicamentos, todas necesidades que suple de su propio bolsillo. En enero de 1915, el Dr. Michelau lo hace nombrar Cirujano Jefe de la Plaza de Biarritz en el Hospital Poliakoff N° 95. Este hospital tiene cinco hospitales bajo su autoridad. (Blanco acaba de cumplir veintiocho años y hace sólo seis meses que se enroló).

A los nueve meses, en un viaje de inspección a Biarritz, el profesor Fernand Vidal, catedrático de cirugía de la Facultad de Medicina de París, lo conoce, "admira su maestría, su devoción y el amor por su trabajo, su afabilidad y gentileza y desinterés que han conquistado a todo el mundo". Vidal veremos que no olvida lo que vio y apreció y consignó en su informe.

En setiembre de 1915, -al año de su enrolamiento- es nombrado Cirujano Jefe del Hospital Edmond Rothschild en París. A esta importante responsabilidad, en la primavera del año 1916, se le agrega la de ser Cirujano Jefe del Hospital N° 52, que se conocerá de allí en adelante como Hospital Franco-Uruguayo y que había fundado Mme. Gaston Thompson cuyos gastos solventaba y ejercía la dirección. Este Hospital N° 95 estaba instalado a pocos pasos de L'Etoile en la Av. de L'Alma, en el palacio de Wagram. Bajo su orden directa el Dr. Blanco tenía ciento setenta camas. Era un hospital modelo donde también actuaba como cirujano el catedrático Fernand Vidal que era el que -como hemos señalado- había tenido ocasión de descubrir en Biarritz a este joven médico que tanto le había llamado la atención. Actuaban también en este hospital Bensaude y Jean Louis Faure, catedrático que termina entregándole, en sus ausencias, la dirección de su servicio, y que, posteriormente, le hace crear un servicio de ginecología del cual será su jefe. Es el catedrático Faure, que también lo asocia a la sociedad de cirugía y tiempo después lo propone para miembro de la Academia de Medicina de París donde es elegido por unanimidad.

Hasta el final de la guerra se mantiene desempeñando esas distintas tareas, lo que le hace merecedor de la Cruz de "Caballero de La Legión de Honor", distinción que le entrega en manos el propio presidente, Raymond Poincaré, en acto público.

En los meses trágicos de los bombardeos a París -que comienzan en marzo de 1918-, Eduardo Blanco Acevedo no abandona ni por un solo día, durante cuatro semanas, el Hospital N° 52, y su actividad se

multiplica sin descanso día y noche. Su devoción es tan grande como para que el General Charles Favier se lo agradezca públicamente y lo haga constar en las menciones de servicio; a la vez le otorgue al Hospital 52, entre mil hospitales de sangre que actuaban en Francia en ese momento, el premio al mejor servicio y más organizado, o sea, la "Mención más distinguida". Además de esas medallas y reconocimientos recibe la "Medalla de Oro de las Epidemias" antes de abandonar los Servicios de Sanidad, y la recibe de manos del propio Ministro de Guerra que se la entrega en persona en acto público. Poco después recibe del Presidente de la Cruz Roja Francesa "La Medalla de Reconocimiento por vuestro concurso personal activo y desinteresado durante la guerra, de 1914 a 1919".

Si antes de partir para Europa, y antes de estallar la guerra era un hombre disciplinado, con gran dominio de sí mismo, puro cerebro y voluntad, que transformaba su pensamiento en obra pero que siempre pensaba antes de obrar, que no admitía que hubieran obstáculos que no se pudieran salvar, al volver de Francia viene con su figura "cincelada y pulida".

Si antes era circunspecto, dueño de sí mismo, intransigente con la vulgaridad, lo indecoroso, las chanzas groseras, poco amigo de los coros frívolos, de los gestos exagerados en el actuar, en el decir y sólo se sentía atraído por el estilo de vida superior, el arte, la música, la ciencia, las letras, el bien decir, el humor fino, la ironía ática -jamás sarcástica ni ofensiva-, a su regreso estos rasgos se han transformado en aristas agudas, líticas que le afloran. Esta idiosincrasia levanta resistencias, por lo que lo tachan de orgulloso. José María Delgado, su condiscípulo de carrera médica dice a propósito de ello "si en alguien pudiera justificarse un exceso de estimación, sería en Blanco. Le sobran los halos conseguidos en lides y faenas magníficas... Brilla sobre su cabeza la estrella de los escogidos. Pero Blanco esas virtudes las recibe a manera de carga insigne de la que es necesario hacer algo, hacerse digno y cuyo esplendor debemos transmitir acrecentando más sin desprecio ni indiferencia. El culto ególatra no puede convivir en el profundo sentido que tiene Blanco de solidaridad y conciencia que lo compele a atender el humano dolor como quien dispensa un socorro... Tampoco es condición de orgullo la de conjugar fácilmente el verbo reconocer y pocos tienen como Blanco la lengua tan espontánea y generosa para alabar lo ajeno".

Su amor a la patria lo inmuniza de la tentación de ejercer o actuar, por derecho de capacidad, en el escenario internacional europeo que había conquistado y donde sus valores en lugar de ser resistidos eran buscados y ponderados. El sabe que tiene otra misión que cumplir entre los suyos, en su terruño que conoce palmo a palmo, que es su hogar y el hogar de los mayores donde aprendió a Ser.

Se enfrasca entonces en las más variadas actividades. Holla todos los senderos y en ellos deja su impronta; no la huella superficial que marchita el césped, sino el surco hondo de quien abre caminos, calles, avenidas, que conducen al progreso y al bienestar. También su genio rotura y siembra ideas en la estación oportuna, ideas que se siguen posteriormente, aunque no se diga de donde vienen. Allí donde actúa descubre el genio donde está y se oculta o pasa desapercibido y le ofrece su amistad y sus amistades.

"Juana de América" (Juana de Ibarbourou) en su contribución "Ciencia y Cultura" - al tomo al que hicimos referencia, escribe: "Yo tengo a gran honor la amistad de este hombre eminente tan dedicado a sus ideas, fiel a su vocación y fiel a la herencia y señorío de sus padres. Conozco a los Blanco desde mi primer libro "Las lenguas de Diamante", que realizaron el milagro de acercarme a toda la clase intelectual del país, más elevada y selecta. Ellos fueron mis primeros amigos en la ciudad, sensibles por excelencia, y nunca esa amistad fina y preciosa me ha fallado, ni pasó como otras por etapas -para mí desoladas- de alejamiento, tibieza y olvido".

En su actuar diario pasa de uno a otro de esos senderos, que sigue, o traza, o ensancha, sin esfuerzo o fatiga, como si en la variación estuviera su descanso. Es un disciplinado que tiene un lugar para cada cosa y para cada trabajo su hora; el tiempo para mirar y disfrutar de lo bello, lo útil, lo armonioso, lo grande y fecundo. A su paso medurado y seguro se impone el respeto. Adelante, como el barco en el mar, surca y rompe las olas, desgarrar al viento la espuma, -reacción que su marcha no puede evitar- pero, atrás, deja una estela de progreso y tranquilidad. Parece un solitario, pero no lo es; es su misión que lo aísla; es su dignidad permanente que lo acompaña, que no le deja abandonar lo que quiere Ser y Es para cumplir su misión. Domina cualquiera de los terrenos en que actúa como un especialista, como si fuera su principal profesión. Lo hace asombrando a quien lo escucha como cuando en el parlamento exalta la figura de Artigas, o cuando dicta en ocasión de aprobarse en el Parlamento la Ley del Instituto de Colonización, la magistral exposición sobre "La Tierra y la Vida" o en el Consejo de Gobierno inclina las decisiones en duda hacia las ventajas indudables del hormigón precomprimido a utilizar en la construcción del puente de Mercedes sobre el Río Negro.

Siempre en sus jornadas -por más exigentes que sean- tiene tiempo para charlar con los más inteligentes o especializados. Lo vemos discurrir con ellos en los temas más variados: la fusión, la atomicidad, la nueva bioquímica, la ingeniería genética, la importancia de la exploración del espacio, las causas y consecuencias de la segunda guerra mundial...

Pero además encuentra también tiempo para su cultura física, la gimnasia, la práctica de la esgrima, o para su deporte favorito, el de los caballeros: la equitación. Se lo ve efectuando largas cabalgatas, por horas, sobre la costa del Río de la Plata en las arenas de Carrasco y Atlántida o más allá, o recorriendo caminos vecinales, montado siempre en su tordillo y seguido de un asistente en un hermoso alazán.

Especial mención debe hacerse de la medular conferencia que pronunciara en el Instituto Popular de Conferencias, en Buenos Aires. Discurre, en presencia de una docta, reconocida y capacitada concurrencia, sobre la Ciencia y Democracia cuyo exordio sentimos la necesidad de transcribir: "La moral humana no se ha perfeccionado a la par del saber, y las intenciones en su inclinación primaria hacia el bien o hacia el mal continúan siendo las mismas desde el fondo de la filosofía y de la historia; pero nuestro sentido no puede confundirse: la ciencia que debemos amar y cultivar es la ciencia del bien, la que auxilia, la que recupera, la que alivia, la que hace surgir las fuerzas en el trabajador del músculo y el equilibrio en el obrero intelectual, la que hace resonar el eco armónico de la alegría del vivir, la ciencia de la felicidad y de la esperanza, la ciencia hermosa y cordial tutora de la libertad que se complementa bajo su vigilante acción".

Se ve en todo lo analizado hasta ahora que "la proa de su vida siempre ha estado orientada hacia un puerto: Ser"; y agregamos nosotros insistiendo, y enseñar a Ser no sólo en la doctrina sino en su aplicación pragmática.

¡Siempre adelante! No acepta la perfección del conocimiento estático. Todos los días hay que mirar las cosas familiares y conocidas o sabidas con ojos nuevos, como si nunca hubieran sido vistas; no hay que dar nada por cierto. "Hay que distinguir la importancia de lo formativo de lo informativo". De Aristóteles sabía que el acopio de noticias no es ciencia, e insistía en que, en el exceso de doctrinas se ahoga la pragmática. "Que el saber es imprescindible, pero que el mucho saber sin ordenar ni digerir es un enemigo de la realidad imprescindible para hacer". Donde él reina se agudiza la inteligencia, el ingenio, la vocación por el trabajo, el placer de ejecutarlo y hacerlo bien. Cunde el orden y los más indisciplinados imponen la autodisciplina para colaborar en conjunto y participar en el espíritu de cuerpo que despierta su presencia. Parecería que su varita mágica hiciera florecer todo lo que la rutina adocenada marchita.

No admite obstáculos en el cumplimiento de un propósito; hay que saber rodear o remover. Las excusas de quienes se escudan en la falta de medios o las carencias provocan en él una reacción de indignación inmediata y a veces desmedida. El fondo de sus ojos

siempre risueños, benévolos y tolerantes despiden chispas fulgurantes; unos parches rosados le invaden las mejillas; su porte siempre erguido de movimientos acompasados se detiene, lo invade una rigidez tetánica y debe recurrir a los extremos de su autocontrol para contenerse. Sólo se recupera cuando se desahoga lanzando una frase lapidaria de las que con frecuencia al momento se arrepiente. Una vez, ante un cúmulo de inconvenientes que adjudicaba un jefe de servicio para incumplir una orden, espetó, en esa postura que describimos, un "¡Basta, basta!", y le dijo con voz tonante: "Todos esos inconvenientes están de más, los he de remover, como está de más su presencia. ¡Retírese!". Pasados unos minutos, ya compuesto nos dijo con cierta ironía: "los tontos no me sublevan, pero sí sus tonterías".

Grande era su penetración psicológica para reconocer y juzgar el carácter y las condiciones de la gente. Era un nato conocedor de hombres. Le ayudaba su memoria para retener fisonomías, apellidos y circunstancias. Hacía gala de ello como buen político que era pero en ello lo vi fallar una vez y le falló ruidosamente esa condición de la que se vanagloriaba. Volvíamos de Buenos Aires, de un congreso en el que habíamos presentado un relato quirúrgico radiológico sobre los abordajes de los quistes hidáticos del pulmón. En la Aduana, al bajar del barco, en el salón de revisión esperaban al que era ministro y candidato a la presidencia de la República, una nutrida recepción. El revisador sin abrir el equipaje se lo entregó y mirándolo a la cara le dijo: "¿A qué no sabe quien soy yo, doctor?"

-Cómo no voy a saber -le contestó el Dr. Blanco revolviendo su memoria, a lo que el otro le dijo:

-¡Qué va a saber!

-Lo recuerdo perfectamente; se me escapa su nombre. ¿De qué fue que lo asistí? -agregó tratando de encontrar una pista que lo ayudara a ganar tiempo para salir del paso.

-No embrome, doctor, si no se acuerda de mí. Yo soy aquél que hace ocho años usted desahució y aquí me tiene vivito y coleando". Fue la única vez en que lo vi soltar una ruidosa carcajada en lugar de la sonrisa con que su humor festejaba los hechos o dichos divertidos que le hacían gracia.

Recuerdo que, en una de las tantas conversaciones que con él manteníamos a diario y de las que siempre recogía enseñanzas provechosas que fluían de su "modus", de su concepto del saber que a todos y a todo imponía, me dijo: "Un hombre de gobierno no debe olvidar jamás que en su función ejerce la expresión máxima y más depurada de la docencia" y en esa sentencia que pronunciaba se autodefinía. Blanco pensaba para él, pero, como rector que era, pensaba

para uno, para todos, para la comunidad y para la patria. "Blanco como médico aprendió a ocuparse de los problemas de cada uno, y como gobernante de los problemas de todos" repetía uno de sus discípulos. "Siempre más allá de su sacerdocio" agregaba otro que bien lo conocía.

Blanco era un hombre de Estado, nacido y perfeccionado para el difícil arte de mandar con autoridad, sin autoritarismo, como el más hábil capitán de barco en las aguas tranquilas y en las procelosas agitadas por la más desatada tormenta. Dirigía con su inteligencia y con su ejemplo; anteponía a todo el interés colectivo respetando el individual, desafiaba si era necesario, pero capeaba o corría la tormenta como el más hábil marino.

Así se conducía en todo lo que era, lo que hemos expuesto y lo mucho que ha quedado en el tintero: el internacionalista, el humanista, el economista, el financista, su pasión literaria, espiritual y cultural que lo llevan, como señalamos, mientras está en Europa a sus escapadas a Francia, Alemania, Inglaterra, Italia, a visitar los museos, las academias, institutos y a alternar con los mejores cerebros en los cursos y conferencias que atiende escuchando a Bergson, a Languevin, a Branly, a Poincaré, o sus escapadas a Bayreuth para disfrutar de los festivales de las obras de Wagner, o a escuchar la música de Mozart en los de Salzburgo. Llegó a tener íntima amistad con André Blum, asesor del Barón Rothschild, autor de una veintena de libros de arte.

De todas las cosas quiso disfrutar, menos de una, la de los placeres de la mesa. En este terreno era un asceta, abstemio, frugal y sobrio; jamás lo vi tomar alcohol, comer de más o entusiasmarse con la buena cocina que sabía apreciar; nunca lo vi fumar. Como en el comer y en el beber, así era de moderado en el vestir: nada llamativo o fuera de tono, ni una corbata de colores vivos, ni trajes ni zapatos, ni sombreros o abrigos que no fueran clásicos y de color oscuro. Era siempre el mismo en su exterior y en su interior en los casi cuarenta años en que lo traté. José María Delgado a propósito de la inmutabilidad de su genio y figura, escribe: "Si lo que respecta a lo físico en Blanco las mutaciones han sido tan leves que ninguno de los que lo rozaron en la niñez y adolescencia dejarían de reconocerlo incontinenti; y en lo que toca a lo espiritual y a lo etopéyico las diferencias son aún menores".

Cuando en 1961 escribí de Eduardo Blanco Acevedo: "El Hombre de Estado", dije y lo repito ahora textualmente: un hombre de Estado debe tener vasta información, cultura general, inteligencia y poder creador, valor moral y físico, claridad de expresión, salud, decisión, firmeza, voluntad, respeto a la historia y a la tradición; sensibilidad por lo moderno,

amor a la juventud, discreción, constancia en el esfuerzo, pasión por su obra y su oficio, saber indicar directivas con precisión sin perderse en el detalle; ser respetado y respetuoso, justo, tolerante, bondadoso; saber escuchar, ser independiente, observador, prudente, poseer un profundo conocimiento de los hombres y tener memoria; no ser ingrato, ser equilibrado, realista y hasta flaquezas que lo humanicen; en fin, un compendio de virtudes que los tratadistas saben que todas en una sola persona no se pueden reunir. Blanco llega casi a la excepción. El país entero -gobierno, pueblo, educación y cultura- está en deuda con él".

La galería de figuras señeras, de prohombres que han contribuido al bienestar y el progreso, debería incluir, en un lugar de privilegio, la de este hombre.

La crisis de valores, el mercantilismo, y las luchas ideológicas que dividen al mundo occidental han echado sobre su memoria el manto de la confabulación del silencio, no del olvido sino del ocultamiento, el encubrimiento de su persona y su obra. Es tiempo de olvidar las razones pequeñas que unos pocos han usado para restarle grandeza a su imagen y confundir el juicio de las generaciones que no lo han conocido.

(1) EDUARDO BLANCO ACEVEDO. Tomo 1. Montevideo 1962 por Dr. DANIEL CASTELLANOS. Miembro de la Academia de Letras, ex-Ministro de Relaciones Exteriores, ex-Ministro de Instrucción Pública. ("NOTA PROLOGAL"). Sra. JUANA DE IBARBOUROU. Miembro de Honor de la Academia de Letras. ("CIENCIA Y HUMANISMO"). Prof. JOSEPH FAYET. Attaché Cultural de la Embajada de Francia. ("LE DOCTEUR E. BLANCO ACEVEDO AU SERVICE DE LA FRANCE"). Arquitecto CARLOS PEREZ MONTERO. Ex-Presidente del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal, Vice-Presidente del Instituto Histórico y Geográfico, ex-Profesor de la Facultad de Arquitectura. ("PROBLEMAS SOCIALES"). Dr. JOSE MARIA DELGADO. Ex-Miembro de la Academia de Letras, ex-Presidente de la Sociedad de Hombres de Letras, Premio Nacional de Literatura. ("EL ESTILO"). Prof. Dr. ENRIQUE CLAVEAUX. Ex-Ministro de Salud Pública. ("EL HOMBRE"). Dr. FEDERICO GARCIA CAPURRO. Ex-Ministro de Salud Pública, ex-Ministro Interino de Transpor-

Es tiempo de darle el lugar que corresponde en la medicina, la salud y la cosa pública. Es la Facultad de Medicina, el Estado y la Nación -sus principales beneficiarios- los que deben aventar esas sombras que lo ocultan y desfiguran, rindiéndole un homenaje digno de su estatura. Si en vida no lo rozaron los actos pequeños de sus detractores, si nunca respondió con mezquinas reacciones, si nunca esperó otra aprobación que la de su siempre vigilante dignidad, como lo afirmara él personalmente desde el escaño del Senado cuando se procedió a la entrega a la Universidad de su obra predilecta, el Hospital de Clínicas, circunstancia en la que expresó: "Me he portado bien, he hecho lo posible" y en otro pasaje de su discurso dijo: "Creo que el profesorado de la Facultad de Medicina honra al país", y refiriéndose a sus colegas agregó: "Son todos adentrados en el trabajo de larga preparación, de gran sentido moral, de grandes virtudes; no son todos amigos míos, pero, ¡qué importa! el juicio que se tiene de las personas es un concepto y no una retribución". Con estas afirmaciones dio una demostración del interés superior que inspiraba sus actos e insisto en que ha llegado el momento de hacerle justicia.

Este ensayo pretende contribuir a ello.

te, Comunicaciones y Turismo, ex-Ministro de Defensa, ex-Profesor Agregado de Radiología, ex-Miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco. ("EL HOMBRE DE ESTADO"). Dr. FRUCTUOSO PITTALUGA. Ex-Decano de la Facultad de Humanidades, ex-Ministro de Relaciones Exteriores. ("EL INTERNACIONALISTA" "EL ORADOR"). Dr. JOSE LUIS MORADOR. Profesor de Biología, Director del Laboratorio de Investigaciones Científicas. ("EL MAESTRO"). Dr. JOSE A. AGUERRE. Director de División del Consejo del Niño, Inspector Especializado de Servicio del Ministerio de Salud Pública. ("EL HUMANISTA"). Profesor JAVIER GOMENSORO. Ex-Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, ex-Director de Relaciones Culturales del Ministerio de Relaciones Exteriores. ("EL GOBERNANTE"). General MANUEL C. TISCORNIA. Ex-Delegado Militar del Uruguay en Washington, ex-Presidente del Supremo Tribunal Militar. ("ARTIGAS EXALTADO POR EL DOCTOR BLANCO ACEVEDO").

Bibliografía Médica del Prof. Eduardo Blanco Acevedo.

"Apéndice tumoral" (1934); "Los caldos de Delbet. Técnica de aplicación y resultados" (1922); "Cáncer primitivo del apéndice" (1926); "Capacidad, profesores, maestros y creadores" (1945); "Cinco años de cirugía en Francia durante la guerra (1914-1919)" (1920); "Clínica quirúrgica" (1945); "Colecistitis" (1935); "Conceptos generales de la cirugía del cáncer de la mama" (1936); "Cuidado vuestro instrumental" (1945); "Cuidado con el ambiente de las Salas de Operaciones!" (1939); "Sobre chancro sifilítico de la vulva" (1936); "Dejad tranquilos a los operados" (1937); "Los desastres de la cirugía en tibia"

(1937-38); "Diagnóstico del cáncer de lengua" (1949); "Discurso pronunciado en la Jura de la Bandera en el Instituto para Graduados" (1943); "El Dr. Bensaude" (1937-38); "Dr. Juan Pou y Orfila" (1947); "Eliminación por las vías naturales de cuerpos extraños tragados por los niños" (1937-38); "La enseñanza de la técnica quirúrgica" (1937); "La enucleación de los fibromiomas del útero" (1939); "Las epicondilitis" (1945); "La epicondilitis traumática" (1922); "Epitelioma del pie" (1935); "Estenosis cicatricial del esófago" (1935); "Estenosis pilórica" (1935); "Evolución de las apendicitis agudas" (1935); "La experiencia ajena" (1937-38); "Los factores etiológicos del cáncer del útero" (1937); "Fístula biliar postoperatoria" (1935); "Las

fistulas consecutivas a los quistes hidáticos del hígado marsupializados o drenados" (1937-38); "La gastrectomía en el tratamiento de las úlceras perforadas de estómago y duodeno" (1937-38); "Gripe y cirugía: clase clínica dictada por el Prof. Dr. Eduardo Blanco Acevedo" (Versión del Dr. Morador); "El guante quirúrgico" (1937); "Homenaje al Prof. P. Scremini" (1945); "Ictericia por retención" (1935); "Indicaciones terapéuticas generales en las heridas de guerra; de acuerdo con las conclusiones de las reuniones técnicas interaliados" (1935); "Las infecciones provocadas por el bacillus *Funduliformis*" (1937-38); "La inmunización preoperatoria" (1925); "Instalaciones modernas de salas de operaciones" (1937-38); "Las insuficiencias cardíacas agudas post-operatorias" (1922); "Las inyecciones de alcohol en los procesos supurados pulmonares" (1935); "Las irradiaciones y la cirugía en el tratamiento del cáncer" (1936); "Lección inaugural del Prof. Doctor E. Blanco Acevedo" (1924); "Libro de oro: ofrecido al Prof. Honorario Dr. Osvaldo L. Bottaro al cumplir 30 años en el ejercicio del profesorado." (Buenos Aires) (1943); "Litiasis submaxilar intraglandular" (1922); "Al margen del quirófano" (1945); "Mirando al porvenir de las salas de operaciones" (1937); "La muerte de un gran hombre: Pedro Chulro" (1937); "La muerte de Soca" (1944); "Neoplasma de esófago" (1935); "Neoplasma de labio" (1935); "Nota al Prof. del Colegio Internacional de Cirujanos de Ginebra" (1937); "Un notable libro del Profesor Gustavo Pittaluga" (1937-38); "La obra científica del Prof. Jean Louis Faure" (1935); "Organización de la asistencia en el campo de batalla" (1921); "Osteo-artritis bacilar de la rodilla" (1935); "Pasteur" (1937-38); "Pasteur", (conferencia) (1923); "Las pequeñas técnicas quirúrgicas" (1944); "Plan de reorganización de la medicina operatoria en la Facultad de Medicina de Montevideo" (1924); "Posibilidad y realidad en el tratamiento del cáncer del cuello uterino" (1937); "Los problemas de la enseñanza" (1937-38); "Quiste hidático de pulmón" (1935); "Recientes adquisiciones científicas sobre el cáncer" (1937); "Riesgo de las sesiones operatorias espectaculares ante el público de los Congresos médicos" (1937-38); "El ritmo operatorio" (1937); "Secuelas de las fracturas de cráneo" (1935); "Los síndromes de oclusión intestinal en las fracturas vertebrales" (1937-38); "Táctica y técnica quirúrgica en la litiasis del cóldoco" (1950); "Le traitement des fibromes par les Rayons X et le radium" (1921); "La transiluminación de la glándula mama-

ria" (1937-38); "Tratamiento del aborto infectado" (1930); "El triángulo de los cirujanos" (1937); "Tumor de seno" (1935); "Ulcus duodenal" (1935); "Uso y abuso del laboratorio" (1937); "Vacunación antitífica" (1961); (Con Aguerre, José A. (hijo)) "Los delirios en cirugía" (1941); (Con Aguerre, José A. (hijo)) "Los delirios en cirugía: estudio de las perturbaciones de orden psicopático vinculadas a los procesos quirúrgicos" (1942); (Con Aguerre, José A. (hijo)); "Los factores neuropsíquicos en clínica" (1944); (Con Aguerre, José A. (hijo)) "El pie diabético en cirugía" (1939); (Con Aguerre, José A. (hijo)) "Quiste hidático genital en la mujer" (1948); (con Aguerre, José A. (hijo)) "Técnica simplista de la transfusión sanguínea" (1939); (Con Domínguez, Carlos María) "Estudios cancerológicos: la radiografía de mama dinámica" (1935); (Con García Capurro, Federico) "Enfermedad de Hodgkin: historia, anatomía patológica, patogenia, clínica, terapéutica" (1950); (Con Lorenzo y Losada, Humberto y Minetti Villafán, Roberto) "Enfermedad de Hodgkin: historia, anatomía patológica, patogenia, clínica terapéutica" (1950); (Con Minetti, Roberto) "Quiste hidático de la glándula mamaria" (1948); (Con Morador, José Luis) "Alteraciones de la columna vertebral consecutivas a procesos inflamatorios abdominales" (1945); (Con Morador, José Luis) "Apendicitis tumoral" (1943); (Con Morador, José Luis) "Enfermedad de Lobstein. Osteoartritis idiopática" (1937-38); (Con Morador, José Luis) "Granuloma por polvos de talco—Inflamación hiperplásica proliferativa postoperatoria producida por cuerpos extraños irritantes" (1945); (Con Morador, José Luis) "Un pequeño detalle de técnica en la apendicectomía" (1937-38); (Con Morador, José Luis) "Los quistes hidáticos de la logia esplénica" (1948); (Con Morador, José Luis) "Los quistes hidáticos musculares" (1948); (Con Morador, José Luis) "Simposio sobre equinococosis" (1948); (Con Morador, José Luis, Schunk, A., Lorenzo y Losada, H., Caviglia Starico, E. y Saldaña Tate, L.) "Infecciones estafilocócicas hospitalarias." (Discusión en panel) (1960); (Con Morador, José Luis y Vigil Soffora, E.) "Hidroma subdural crónico post-operatorio" (1945); URUGUAY. MINISTERIO DE SALUD PUBLICA. INSTITUTO DE CIRUGIA PARA POST-GRADUADOS. Práctica quirúrgica. Simposio sobre equinococosis del Instituto de Cirugía para Post-graduados, bajo la dirección de E. Blanco Acevedo. (1947).

(NOTA DE LA REDACCION)

Consideramos de gran trascendencia resumir, en parte, las palabras pronunciadas por el Presidente de la República, Dr. Julio María Sanguinetti, en París, el 18 de junio de 1987, en el Hôtel de Ville (Alcaldía de París), durante su visita de Estado a Francia.

En el banquete de recepción, ofrecido por el Alcalde Chirac -que también era Primer Ministro- estaban presentes autoridades nacionales francesas, la delegación uruguaya presidida por el Presidente de la República y señora, varios ministros del Uruguay y otras distinguidas personalidades.

El Primer Ministro Chirac, en emocionadas palabras, ofreció el homenaje, destacando los tradicionales y fuertes lazos de amistad entre ambos países.

Al agradecerle, el Presidente Dr. Julio María Sanguinetti hizo una brillante alocución sobre los sentimientos de fraternidad del Uruguay hacia Francia, destacando la extraordinaria contribución de Francia al desarrollo cultural, científico, etc. del Uruguay.

En una de sus manifestaciones relata que al terminar la Guerra de 1914 a 1918, el Presidente del Uruguay, Dr. Baltasar Brum, solicitó al Parlamento, en un gesto increíble para aquellos tiempos, que anulara la deuda que tenía Francia con el Uruguay, que era algo así como 15 millones de pesos uruguayos, que hoy significan 200 millones de dólares!!!!

Siguiendo en el uso de la palabra, el Presidente Sanguinetti refiere que cuando De Gaulle estuvo en Montevideo pidió ver a un médico uruguayo, a quien otorgó la Gran Cruz de la Legión de Honor, como si fuera un Jefe de Estado. Nadie en el Uruguay sabía exactamente cual era la razón de esa determinación. Dijo el Presidente Sanguinetti: "Lo supimos todo por

el propio De Gaulle", quien nos contó que en la batalla de Verdun él fue herido junto con un gran amigo, el Capitán Juin. Este Capitán presentaba herida muy grave en el brazo derecho. El Jefe de cirujanos del Hospital de Campaña, dada la importancia de las lesiones, después de consultar con sus colegas, resolvió amputar el brazo. Un joven cirujano que estaba presente en la consulta, pensando que con esa decisión se terminaba definitivamente la carrera militar del oficial, solicitó autorización para operarlo, en un intento de salvar el brazo, con cirugía conservadora.

Dado el pronóstico pesimista, se permitió al joven cirujano que se hiciera cargo del paciente. Después de una serie de operaciones, el brazo se salvó, y ese Capitán llegó posteriormente a ser el Mariscal Juin, gran amigo de De Gaulle. El joven cirujano era el uruguayo Dr. Eduardo Blanco Acevedo. De Gaulle siempre decía que el brazo derecho del Mariscal Juin se llamaba Uruguay.

Cuando De Gaulle condecoró al Dr. Eduardo Blanco Acevedo, le dijo: "La France ne vous oublie pas".